

Revista

comfamá

Medellín, junio del 2020
Nº 468 - ISSN 2027-2715

Publicación gratuita



Cuidemos
el trabajo



El valor del trabajo

«No son las riquezas ni el esplendor, sino la tranquilidad y el trabajo, los que proporcionan la felicidad».
Thomas Jefferson

Estaba sentado en la sala del pequeño apartamento que tenía alquilado, con unos pocos muebles a mi alrededor que, arrumados en desorden, amenazaban con venirseme encima. Había libros en todas partes y no dejaban ni caminar. Era la mañana de uno de esos días oscuros y lluviosos de Medellín que empeoraban la tristeza y se tragan hasta las alegrías. Había dormido largo y estaba embotado, como con guayabo, aún sin haberme tomado un trago. Creo que casi que me había desmayado al llegar a la cama, por tanta tensión acumulada. Al frente mío tenía un cuaderno con unas cuentas de mis finanzas personales y al final una nota, resaltada dentro de un recuadro: «tengo seis meses».

El día anterior había sido terrible. Casi no logró decidir mi renuncia y el cómo hacerlo. Le tenía aprecio a mi jefe y amaba el lugar en el que trabajaba, pero tenía tantos desacuerdos con los planes y proyectos en ciernes y desavenencias con mis principales compañeros de equipo que la decisión parecía obvia. Cuando hablé con él, sentí que su alivio era casi igual al mío, aunque intentó convencerme: - Se trata de su carrera, su pasión, su futuro, dijo. ¿Qué va a decir?, preguntó, además, preocupado. - ¡Nadal, silencio y respeto, le respondí. Hay cosas que valen más que estos desacuerdos, pero debe saber que hace rato decidí que solo permanezco donde hay alineación en principios y valores. Si no puedo perseguir mis causas, ¿para qué trabajo?, traté de tranquilizarme. Puede que me esté equivocando, reconoció, pero no doy más.

Mi hermano fue de los primeros en llamarme, estaba comenzando con su emprendimiento, pero, generosamente, me dijo de una: «acá sacamos de dónde sea para pagarte alguna cosa, contás conmigo». Alguien me dijo después que yo había renunciado cuando ya hacia rato me habían despedido. El caso es que había quedado en el aire, no

solo por lo económico, sino por lo más vital que tiene un ser humano: me había desconectado de mi propósito, me sentía solo y perdido. Me salvaron la visualización del futuro con un mapa mental y la decisión de hacer trabajo voluntario en los temas que me apasionaban. Sin ingresos, me propuse aportar, al menos, el 30% de mi tiempo a la educación, la cultura y el emprendimiento. El impulso final me lo dio mi amigo Juan Diego, el primero que respondió uno de los casi 30 correos enviados

contando lo mejor que pude mis intenciones de emprender el camino de la consultoría. Estaré agradecido con él toda la vida, porque con unas pocas palabras simples, «nos interesa, conversemos», sembró esperanza en mí.

A las pocas semanas, cuando cerramos un acuerdo para mi primer proyecto, volví a mi cuaderno y anoté: «nueve meses». Paso a paso, con

mucho esfuerzo y algo de ayuda, comenzaría a recuperar mi camino profesional, personal y laboral.

La pandemia de la COVID-19 ha desnudado nuestras desigualdades. Aunque nos ha afectado a todos, su impacto socioeconómico ha sido devastador para los más frágiles. El desempleo, que siempre debemos mirar como mucho más que una cifra, contiene millones de historias de sufrimiento, de miedo, de hambre, de sueños aplazados. La mayor parte de las personas que pierden su empleo ganan un salario mínimo. Sin mencionar a los cientos de miles que estaban en la economía informal, más flexible, más resiliente, pero mucho más precaria.

Lo único que nos puede sacar, paulatinamente, de este gran desastre social, minimizando el sufrimiento, es, por supuesto, el amor. El amor organizado, enfocado, intencionado. Primero, necesitamos más compasión y solidaridad. Como esa llamada de mi hermano Santiago, cientos de miles están esperando a que alguien los llame y les mitigue el miedo, aunque sea en parte. Las instituciones podemos hacer algo, desde luego, y lo estamos haciendo, empezando desde Comfama misma, pero eso no reemplaza la solidaridad ciudadana, la comunidad ni la familia. Segundo, sin dudarlo, ese amor debe tomar la forma del compromiso colectivo con las empresas y demás empleadores que luchan, para que resistan, para que se reactive, para que puedan crecer y dar frutos de nuevo, retornar los trabajos perdidos y crear riqueza para todos. Es tarea de todos cuidarnos, para que la vida educativa, social y económica pueda regresar.

Por eso hemos hecho esta Revista, porque en Comfama pensamos que el empleo y, de una manera más general el trabajo digno y decente, es, tal vez, el programa social más importante en una sociedad. Queremos hacer una sencilla pero cariñosa oda al trabajo que genera progreso y dignidad al reafirmar nuestro infinito potencial. La conexión

entre la economía y el bienestar de todos está en la labor que hacemos millones de personas diariamente, en empresas, colegios, entidades culturales, comercios y trabajos independientes, para crear el universo que nos rodea. En esta publicación celebramos a las empresas y a los emprendedores que resisten y cuidan, a las personas, trabajadores y familias, que nos recuerdan la importancia del esfuerzo, la resiliencia, la búsqueda incesante de caminos.

Invitamos a empleadores de todos los tamaños a que hagan lo posible, y ojalá lo que creían imposible, para cuidar a su gente. Cada empleo perdido es un sueño que se trunca. Proponemos a las familias que mantienen sus ingresos a que recuerden que la solidaridad es contagiosa, cuiden a sus cercanos, familiares, proveedores de siempre, a los emprendedores del barrio.

A quienes hoy no tienen ingresos económicos, queremos decirles que compartimos su dolor, sentimos lo que sienten, trabajamos cada día para mitigar el sufrimiento y recuperar el empleo. Les pedimos, aunque sabemos que no es fácil, que no pierdan la esperanza, que sepan que no están solos. Que no dejen de buscar ayuda y empleo, que emprendan, que acudan a las comunidades y familias, que exijan siempre más al Estado y a las instituciones, y también que se hagan cargo y no dejen de luchar. Como sea, estaremos ahí para ayudar, este es el año para servir, pero su compromiso y perseverancia son fundamentales.

A los trabajadores de toda naturaleza y forma legal, les recordamos que la responsabilidad de cuidar y recuperar el trabajo no es solo de las autoridades políticas o de las instituciones sanitarias. Tampoco depende únicamente de los administradores y dueños de las empresas. Es crucial que todos trabajemos en cultura ciudadana y cambiemos nuestros hábitos, entendamos que nuestra cultura expansiva y latina deberá expresarse a través de los tapabocas, debemos guardar la distancia en el Metro, aunque implique llegar un poco tarde, tendremos que aplazar un tiempo los abrazos y los apretones de mano, dejar atrás el ego y reconocer cuando tengamos algún síntoma, lavarnos las manos como si en ello nos jugáramos la vida, porque así es. Adaptarnos para sobrevivir y florecer: nadie hará esto por nosotros.

La pandemia nos ha recordado que las empresas y el trabajo mueven el mundo. Podrán mejorar, desde luego, y no es mal momento para que nos preguntemos hacia dónde lo mueven y aprovechar para ajustar el rumbo, pero, dejemos esto claro: sin trabajo la vida sería mucho menos colorida, algo más triste y bastante más solitaria. Nunca ha sido tan importante recordar, como escribió magistralmente Khalil Gibran en El Profeta, que «el trabajo es amor hecho visible». Cuidar el amor que vive dentro de cada oficio y que emerge cada que se crea una empresa es, quizás, nuestra misión más urgente, nuestro mayor desafío.

Es el trabajo ese vínculo que nos une a todos, que conecta a las personas, a la economía y a la sociedad. Es la posibilidad de servir, de actuar y de darle a la vida propia y a la del otro un propósito.

Esta edición de la revista Comfama celebra el trabajo digno y decente, el empleo y los empleadores, el valor y las satisfacciones que originan, los aprendizajes que esconden y las posibilidades que crean.

Tal vez es hora de volver a trabajar, con precauciones, es así como todos saldremos adelante.

Comparte tus opiniones en nuestras redes sociales utilizando la etiqueta

#CuidemosElTrabajo

Una publicación de Comfama

La Revista Comfama es un medio de comunicación educativo, de circulación gratuita, que tiene como objetivo generar conversaciones sanas y constructivas que transmitan valores positivos a través del poder del ejemplo y las historias.

Teléfono: 360 7080 - Cr. 48 20 - 114. Torre 2, piso 5, Medellín - Colombia.

• **Consejo Directivo + Principales:** Jorge Ignacio Acevedo Z., Juan Rafael Arango P., Jaime Albeiro Martínez M., Jorge Alberto Giraldo R., Octavio Amaya G., Jorge Iván Díez V., Juan Luis Múnera G., Carlos Manuel Uribe L., Alejandro Olaya. • **Suplentes:** María Adelaida Pérez J., Hernán Ceballos M., Luis Fernando Cadavid M., Martha Ruby Falá, Fabio Alonso Vergara C., Andrés Antonio Hincapíe C., Liliana María Sierra H., Rigoberto Sánchez G., Juan Luis Cardona S., Juan Alberto Ortiz A.

• **Director:** David Escobar Arango • **Responsable equipo de comunicaciones:** Perla Cecilia Tor C. • **Editores:** Roque Dávila P., Esteban Hernández Z. • **Redacción:** Juan Gabriel López R., Valeria Querubín G., Ricardo Arias S., María Alejandra Muñoz, Lina Gallo B., Carolina Ángel T., Esteban Hernández Z., Carlos Julio Álvarez, Roque Dávila P.

• **Diseño editorial y portada:** Johan Mateo García. • **Asesoría gráfica:** Julián Posada C. • **Asesoría temática:** Claudia Restrepo M. • **Corrección de textos:** Ojo de lupa

• **Prepresa e impresión:** El Colombiano • **Circulación:** 115.000 ejemplares • Vigilado Superintendencia del Subsidio Familiar.

» www.comfama.com
» revista.comfama.com



La posibilidad de elegir es uno de los frutos del trabajo

Mary Luz Aristizábal trabajó durante años para que Santiago, su hijo, pudiera estudiar. Ella creyó que eso le daría a él, la oportunidad de escoger lo que quisiera hacer con su vida.

Cuando Santiago nació, Mary Luz se convirtió en madre soltera. Tenía 25 años y trabajaba desde los 20 con dos objetivos: poder pagar su universidad y mantener bien a su hijo.

Era Auxiliar Contable de día y prospecto de ingeniera de sistemas en la noche. Dedicaba lo que le quedaba de energía a recibir sus clases. A Santiago, lo cuidaba su abuela.

Su esfuerzo rindió frutos: pudo graduarse y encontrar otro trabajo en el que disfrutaba más lo que hacía, pues ya era desarrolladora de software.

Pasaron años y distintos empleos, siempre juiciosa, siempre manteniendo su rutina, saliendo de casa de día para llegar de noche, pero su disciplina contrastaba con el mal comportamiento de Santiago. Siempre que Mary Luz regresaba a la unidad en la que vivían, la recibían con quejas: que Santiago quebró un vidrio, que le lanzó huevos a un carro, que desinfló sus llantas... por contar solo algunas.

En el colegio también era indisciplinado. Tocó fondo en tercero de bachillerato cuando lo expulsaron. Ese día Mary Luz lloró, y esas lágrimas, además de rodar por sus mejillas, se quedaron fijas en la mente de Santiago, pues marcaron el resto de su vida, lo hicieron consciente. Por fin entendió el esfuerzo que hacía su mamá, valoró ese hecho extraño de que ella siempre estaba despierta mientras él dormía, la simplicidad de sus hábitos y

Trabajar...
nos permite dar
oportunidades a
quienes más queremos



¿Qué objetivos
te ha permitido
alcanzar tu trabajo?

comportamientos y que no había lujo para ella, pero sí un colegio privado para él.

Santiago cambió su comportamiento, se graduó finalmente del colegio y tuvo la oportunidad de elegir qué y dónde quería estudiar y escogió Administración de Empresas en la UPB. Para Mary Luz fue un reto pagar cada semestre, confiaba en que el trabajo disciplinado se lo permitiría, pero también un crédito con el Icetex y a veces sus tarjetas de crédito. Fueron años difíciles, austeridad acompañada de objetivos claros. Y se logró la meta.

Años antes, Mary Luz había asumido un compromiso parecido: pagar la educación de Cristina, su hermana menor. Cuando ese proceso terminó, Cristina montó una empresa, una agencia de carga, y Mary Luz fue la encargada de desarrollar el software para esta compañía. Fueron cinco años de trabajo complementario, pues simultáneamente tenía un empleo en Une.

A veces en la vida ocurren coincidencias afortunadas. Cuando el software de la empresa de la tía de Santiago estuvo terminado, él culminó también sus estudios universitarios y decidió aplicar sus conocimientos al producto que había creado su madre, así que hace tres años fundaron Conecta Carga, su emprendimiento. Hoy trabajan todos juntos. El esfuerzo de Mary Luz tuvo sentido. La educación nos da la posibilidad de elegir, y Santiago pudo hacerlo.

Movilidad segura para cuidar el empleo

Las situaciones difíciles nos dan la oportunidad de identificar lo esencial, en el caso de Juan, su trabajo.

Juan Carlos tiene 56 años, vive en Copacabana con su esposa María Eugenia, ambos tienen cuatro hijos. Trabaja hace 30 años en Comfama como parte del equipo de oficios generales. Durante la pandemia realiza su labor en el Centro Integral de Salud de Girardota y todos los días monta en bus para hacer el recorrido desde su casa hasta el trabajo.

Sabe que uno de los mayores desafíos hoy es usar transporte público, cada vehículo y pasajero se podría convertir en un medio de transmisión de la COVID-19. Su familia, en especial su hijo Camilo, le recuerda con amor que debe cuidarse, le pide que siempre tenga bien puesto el tapabocas, cubriendo boca y nariz, que use el gel antibacterial antes y después de abordar el bus y que trate de mantener una distancia prudente hacia cada pasajero durante el viaje.

Las peticiones se reciben con gusto cuando provienen de las personas que amamos. Juan cumple con disciplina cada uno de los protocolos de seguridad, sabe que además de su salud, una equivocación pondría en riesgo el bienestar de su familia y el de sus compañeros de trabajo.

En su casa consideran un milagro el hecho de que conserve su trabajo y de que esté generando recursos para el hogar; en las noticias y en el barrio es fácil darse cuenta de que no todos corren con la misma suerte. Esa quizás sea la razón para que Juan, quien siempre le ha puesto toda la energía a su trabajo, hoy dé mucho más de sí. Las situaciones difíciles nos dan la oportunidad de identificar lo esencial, para él, su empleo.

Cada día cuando inicia su jornada le toman la temperatura y lo desinfectan. Así queda listo para cumplir su labor, una que es vital, se trata de la limpieza y desinfección de los consultorios médicos. Es consciente de la responsabilidad que lleva en sus hombros: cuidar el empleo de sus compañeros, contribuir desde su tarea a que la empresa siga operando.

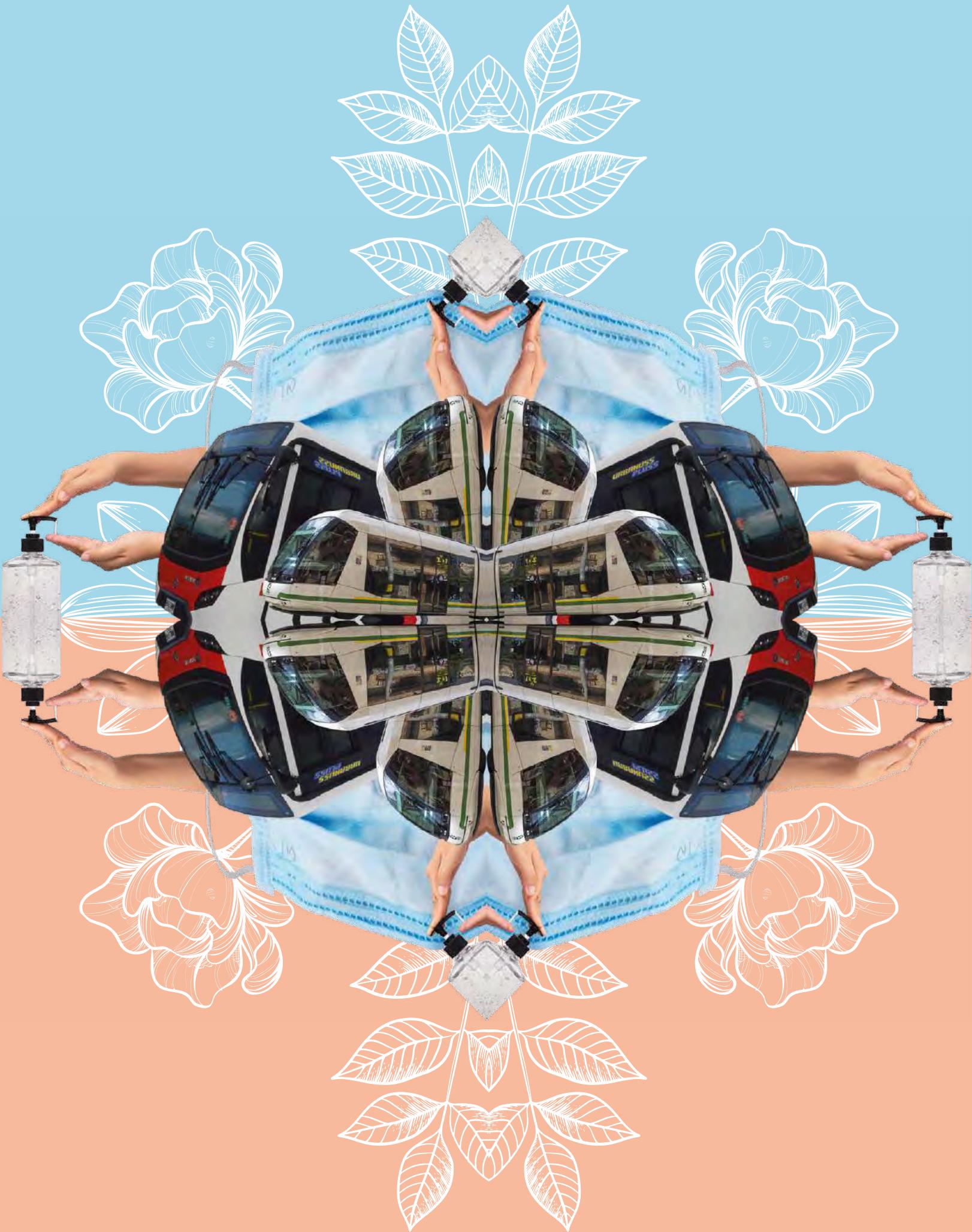
Para Juan el mundo no puede detenerse, sabe que es necesario adaptarse. Sin excusas continúa ejerciendo su trabajo, adopta una nueva rutina con la que, cuidándose, cuida a los demás.

Cuando regresa al hogar, Juan tal vez no lo nota, siempre hay alguien que lo observa, mientras se quita los zapatos, utiliza el alcohol y separa la ropa de calle. Se trata de su hijo, él sigue su ejemplo, juntos contribuyen a que en casa, mamá y los demás estén seguros.

Trabajar...
con las precauciones necesarias
para cuidar de mí, del otro y de la
empresa en la que laboramos



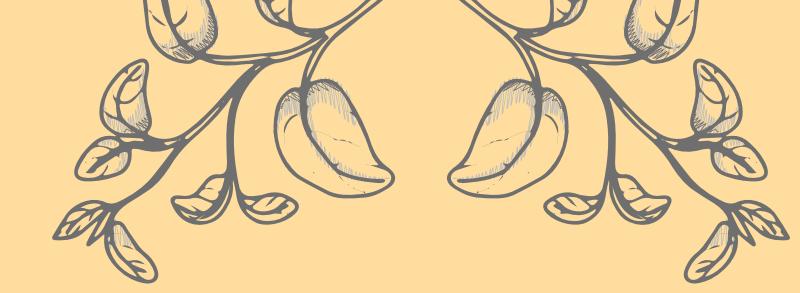
¿Cómo aportas a que el
lugar donde trabajas siga
operando de forma segura?





Compasión por el otro y su trabajo

Con su compra semanal, Mariana Morales aporta para que sus establecimientos favoritos sigan operando.



Mariana vive en el barrio El Salvador, en la ciudad de Medellín. Los fines de semana acostumbraba salir con su novio a comer en distintos locales del sector. Cada sitio, con el pasar de los meses, se hizo especial para ella, pues albergaba recuerdos.

Lo que antes era cotidiano, dejó de serlo con la aparición de la COVID-19. Esos sitios importantes para ella cerraron sus locales y tuvieron que trasladarse, en muchos casos, a las cocinas de las casas de sus propietarios, reinventar sus menús, la forma de contactarse con sus clientes y la manera de empacar sus productos. El domicilio, antes accesorio, se convirtió en su única alternativa.

A Mariana eso la impactó, la vida le recordó cómo sucede lo inesperado, se diluyán los empleos y sustentos de muchos. Injusto se le hizo que, sin hacer nada malo, sin vender productos de baja calidad, eso pasara.

Pero la empatía no conoce requisitos. Mariana no tiene el músculo económico para salvar un negocio, ni siquiera a sus 23 años intentó emprender alguno, y sin embargo, se puso en los zapatos del otro y pensó cómo ayudar.

Evaluó sus alternativas y actuó: compartía las publicaciones de esos sitios en sus redes sociales, les hablaba de esos lugares a sus familiares y amigos, además, decidió hacerles ronda: compuso su lista de establecimientos favoritos que están en aprietos, y decidió comprarle a uno distinto cada fin de semana.

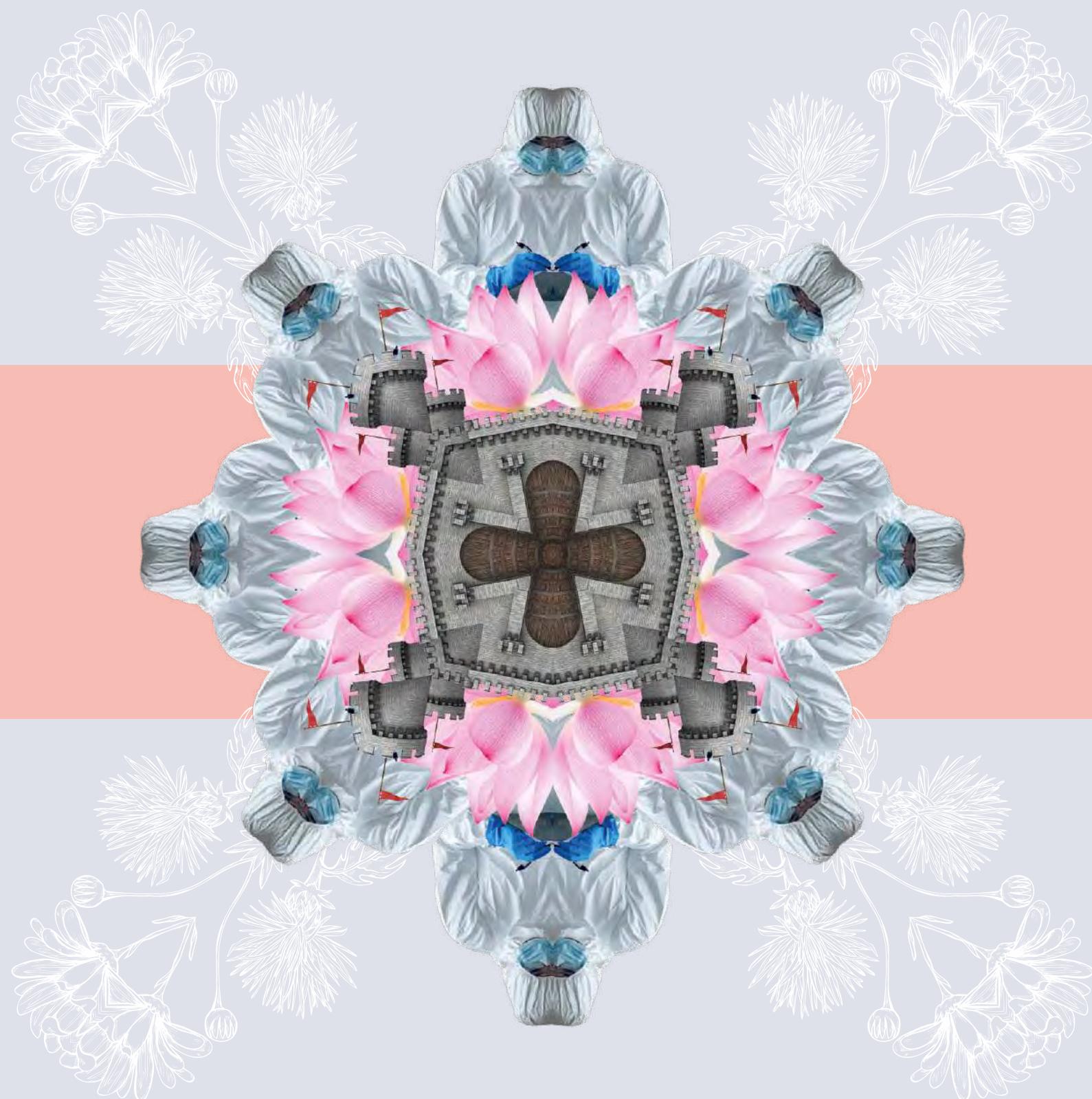
A veces olvidamos el impacto que tienen nuestras acciones en la vida de los demás; pedir un domicilio, comprar un producto y pagar a tiempo parecen actos insignificantes, pero hoy son la forma de valorar el trabajo del otro.

Mariana desde sus posibilidades ayuda. Cuida el empleo de muchos. Su compra semanal aporta a que esos propósitos de vida, que se disfrazan de restaurantes, se mantengan vivos. Ya vendrán para ellos tiempos mejores.

Trabajar...
para materializar
propósitos de vida



¿Cómo puedes ayudar
a que alguien más
mantenga su empleo?



El trabajo del héroe

Cumplir cada uno con nuestro rol, además de ser la clave para mantenernos sanos, también será esencial para mantener con vida a esas empresas que nos cuidan.

En enero del 2020, el grupo de epidemiólogos del Hospital San Vicente fundación en Medellín, alertó al equipo administrativo acerca de una situación especial: en varios países del mundo se expandía la COVID-19, pronto llegaría a Colombia.

En el hospital tomaron una decisión: prepararse, iniciaron un proceso de abastecimiento de equipos de protección personal para cada uno de los empleados del hospital, asimismo, con la ayuda de empresas como Argos, Sura y Proantioquia, pusieron en marcha un plan para aumentar la cantidad de unidades de cuidados intensivos.

Al mismo tiempo, a nivel interno, iniciaron una campaña de prevención y comunicación, el personal médico recibió formación referente al uso de equipos de protección personal, capacitaciones en primeros auxilios psicológicos, charlas acerca de resiliencia, higiene del sueño y manejo del miedo a la enfermedad y a la muerte. Sabían que estarían en la primera línea de contención. No había por qué escatimar esfuerzos.

Cuando la pandemia llegó a Medellín tuvo consecuencias más allá del estado de salud de las personas. El aislamiento preventivo generó que durante tres meses el flujo de pacientes disminuyera drásticamente. Las consecuencias: una crisis económica asomaba en el horizonte.

Existe confusión, miedo a ir a los hospitales, erróneamente, se cree que son los lugares más

peligrosos. La realidad es distinta, se trata de los espacios más preparados para tratar con el virus. Aún así, en el San Vicente les recuerdan a las personas que la premisa es quedarse en casa. Por eso para reactivarse económicamente dividieron su esquema de atención, la mayor parte es virtual. Mientras solo lo que es verdaderamente urgente se atiende fuera de casa.

Hoy reman en medio de la crisis, son austeros en el gasto para que la institución salga adelante y poder conservar a esos casi 4.600 héroes que laboran bajo el disfraz de empleados directos e indirectos. Ser precavidos y planear con tiempo da sus frutos.

El hospital está preparado para atender el pico de contagios que se avecina, para cuidar de las personas con cariño y con la seguridad necesaria. Para garantizar que cada uno de sus empleados, en las noches pueda regresar a casa y compartir con su familia.

En el San Vicente están listos para acompañarnos a todos en este tránsito a una vida distinta, en la que, por un tiempo, tendremos que aprender a convivir con la COVID-19.

Se trata de una nueva forma de interactuar con el mundo, en la que cumplir, cada uno con nuestro rol, además de ser la clave para mantenernos sanos, también será esencial para mantener con vida a esas empresas que nos cuidan.

Trabajar...
para conservar la vida



¿Cómo aportas a la
reactivación de la empresa
en la que trabajas?

El Hospital San
Vicente Fundación
tiene disponibles
183 unidades
de cuidados
intensivos.



Renovar el amor al trabajo

Olga volverá a la calle con un amor renovado por el trabajo, y con la clara intención de emplear su vida, de ahora en adelante, en algo que le guste.

3 1 de diciembre de 2019. En la radio sonaba una canción de Los Melódicos. Muchos despedíamos el año viejo y algunos, como Olga Cardona, de 54 años de edad, pedía que el año nuevo fuera mejor. No alcanzaba a imaginar que tres meses después, en marzo, una pandemia haría tambalear el sustento económico de su hogar.

La COVID-19 generó una crisis que, para abril, ya había terminado con 5.3 millones de empleos en Colombia. El de Olga fue uno de esos. Trabajaba como contratista. Cuando le avisaron acerca de la terminación de su contrato, lo primero que pensó fue: «¿y ahora cómo voy a solventar la economía de mi hogar?». Para esa pregunta había pocas respuestas. Vive con una de sus hijas y es la responsable de la manutención de su casa.

Su rutina cambió por completo. Ya no tenía que madrugar a laborar, sino a pensar sobre su futuro. Encontró tranquilidad en su fe. «Asumí con responsabilidad y conciencia este nuevo reto de la vida», y aunque ha tenido momentos de incertidumbre y angustia, hay «angelitos» que, como bien dicen por ahí, «se le aparecen a uno». Así llegó a su vida el Mecanismo de Protección al Cesante, programa del ministerio de Trabajo en conjunto con las cajas de compensación.

Por medio de un familiar se enteró del subsidio, investigó los requisitos y se dio cuenta que cumplía, aplicó, y aunque no salió beneficiada en la primera cohorte, sí lo fue en la segunda. «Ha sido un alivio para mí y para mi hogar salir beneficiada. En situaciones como estas es donde uno agradece tantas cosas que puede tener en la vida».

El propósito de Olga es claro: encontrar un nuevo empleo. No descarta iniciar un negocio propio. Hoy, que la palabra adaptarse se cotiza al alza, los postres y las conservas son uno de sus proyectos. Ser independiente representaría para ella la posibilidad de dedicarse a algo fijo, lejos de la incertidumbre de las renovaciones contractuales de cada semestre.

Olga volverá a la calle con un amor renovado por el trabajo, y con la clara intención de emplear su vida, de ahora en adelante, en algo que le guste. Tal vez por eso algunos le llaman al trabajo: destino.

Trabajar...
para poder hacer
aquello que nos gusta



¿Qué has aprendido
de tus momentos de
desempleo?

Mentoría para el desempleo Comfama

Si eres afiliado a Comfama y perdiste tu empleo durante la pandemia de la COVID-19 puedes acceder a Mentoría Comfama, un programa que tiene como objetivo acompañarte en la búsqueda de nuevas oportunidades que garanticen tu reactivación laboral y económica.

Con el apoyo de mentores de Comfama y a través de diferentes programas de aprendizaje te acompañaremos a redescubrir tus habilidades y talentos; y a reorientar tus pasiones y propósitos para encontrar en el emprendimiento y el autoempleo nuevas alternativas frente a la crisis. Al mismo tiempo, conectaremos perfiles laborales con las empresas que confían en Comfama para gestionar sus vacantes.

Ingresa a www.comfama.com o
comunícate a la línea 360 7080 en los
valles de Aburrá y San Nicolás o al
018000 415455, sin costo desde celular
o fijo, en el resto de Antioquia.



El valor de los trabajos esenciales

Humberto sabe que, si un día dejara de realizar su labor, los residuos harían de la ciudad un completo caos. Ama su empleo, por él, su hija pudo estudiar y gozar de una vivienda propia.

Son las seis de la mañana en el barrio Castilla. Jairo Humberto Oquendo se alista, se dirige a la ruta para llegar a su trabajo. Es recolector de residuos, mantiene «bellas» las calles de Medellín y eso lo enorgullece y le da propósito a su vida.

En algún momento de su existencia repartió muchas hojas de vida y al no lograr estabilidad en ningún empleo, se acercó a Empresas Varias de Medellín, donde inició la labor de barrido manual. Al principio, sintió vergüenza porque la gente lo miraba.

Tres años pasó Jairo como «escobita», vestido de naranja, caminando y barriendo. Aprendió algo valioso, descubrió que su labor es vital para embellecer a la ciudad. Empezó a amar su trabajo y a la empresa que le permitió avanzar hacia el cumplimiento de sus metas personales.

Jairo estaba listo para un nuevo reto. Pidió que lo pasaran a los carros recolectores. El desafío era aún mayor: los malos olores y el constante esfuerzo físico no fueron impedimentos. Eran más las ganas que tenía de trabajar.

Ya pasaron 16 años, aún integra uno de los equipos

que van a bordo de los camiones recolectores que recorren el centro de Medellín. Es una ruta difícil por la gran cantidad de desechos de los centros comerciales, la congestión vehicular, los pitos y a veces los gritos de quienes viven de afán.

Sabe que, si un día dejara de realizar su labor, los residuos harían de la ciudad un completo caos. Ama ese empleo, que significa para él y para su familia, la posibilidad de una estabilidad económica que hizo que él y su hija, pudieran estudiar. También, tener una vivienda propia.

Las jornadas a bordo del camión le enseñaron que cada uno hace su parte. Con su círculo cercano de personas comparte su conocimiento acerca de la importancia de la separación correcta de los desechos, pues así facilita la tarea de sus compañeros y de paso, cuida el planeta.

Jairo sabe que como su labor hay muchas otras, destaca la importancia de quienes podan el césped, limpian las quebradas y de quienes hasta arriesgan su vida trabajando con la electricidad. Todo trabajo alberga valor y más de una enseñanza.

Trabajar...
para embellecer la
existencia del otro



¿Cuáles trabajos
esenciales son
importantes para ti?,
¿por qué?

Una decisión difícil

Las empresas son organismos que, al morir, dejan huella en la memoria colectiva.

La Bodeguetta era un negocio de amigos: Pamela, su esposo Diego y su amigo Andrés. Abrió hace tres años como un pub, en la avenida 33 de Medellín.

Eran los «raros» de una cuadra llena de discotecas de vallenato y música tropical. La Bodeguetta era un espacio abierto a la gastronomía, la conversación, el stand up comedy, el jazz, el rock y otros géneros latinoamericanos. En el sector duraron un año, para luego trasladarse a la zona rosa del barrio Buenos Aires, donde se establecieron por otros dos.

Pamela recuerda con gratitud «la casa vieja», esa que no señalaba a nadie y que les daba la bienvenida a todas las personas sin importar sus gustos, pensamientos y creencias.

Siente que, a pesar de la diversidad, todos sus clientes tenían algo en común: personas que saludaban, sonreían, conversaban con desconocidos, se despedían, gente bacana, una familia.

Con la aparición de la pandemia por la COVID-19 y las normas de distanciamiento social para evitar la propagación del virus, La Bodeguetta tuvo que cerrar al público. Empezó la búsqueda de otras fuentes de recursos. «Cuando eres empresario y sucede algo como esto, que no puedes controlar, te sientes frágil y desprotegido. Acudimos a la gente que nos ama, allí encontramos ese calorito que arropa», dice ella.

Los domicilios fueron el primer intento para salvar el negocio pensando en sus colaboradores, tanto que Pamela y Diego renunciaron a sus salarios para continuar con el pago de la nómina de sus empleados: cuatro familias dependían de ellos. Al tiempo, intentaron negociar con el dueño de la casa y con la agencia de arrendamientos. No fue suficiente.



«Comprarle a un emprendedor local es decirle fuerte y claro: ¡de esta salimos juntos hermano!»
@labodeguettarestobar

Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, pero La Bodeguetta murió cuando el Gobierno nacional anunció que el gremio de discotecas, bares y restaurantes tardaría, por lo menos, un año en retornar a la normalidad. En ese instante los domicilios que hacían solo cubrían un 20 % de los ingresos que obtenían antes de la pandemia. Se sentían encerrados en una jaula de vidrio que se iba llenando de agua. La Bodeguetta se ahogó.

Para Pamela, lo más doloroso fueron sus empleados, pues ya eran una familia. «Eso me dolío en el momento y me va a doler toda la vida», asegura. Al principio los subsidiaron con mercados, con el paso de los meses, se hizo insostenible.

Hicieron una venta de garaje con las plantas, los muebles, los cuadros y los utensilios que, combinados, le daban vida a La Bodeguetta. En redes sociales hubo muchos mensajes de apoyo, los clientes se negaron a creer que el epicentro de sus encuentros, lleno de recuerdos valiosos, desapareció.

Cuando una empresa cierra, muere una forma de ver el mundo y una parte de nuestra sociedad. Pamela cree que La Bodeguetta, más que un sitio, era un estilo de vida.

Intentarán regresar, pero primero tienen que recuperarse económicamente, hasta el punto que un día La Bodeguetta sea un disfrute y no la única fuente de ingresos para sus socios. Confían en que no sea un adiós, sino un hasta luego.

Trabajar...
para volver a empezar,
para volver a creer que
es posible



¿Ya intentaste «ponerte en los zapatos» de un empresario en crisis?



Empresas que luchan por mantenerse

La crisis por la COVID-19, implicó para Guamito S.A.S., un retroceso económico de cinco años.

Son las cinco de la mañana en el oriente antioqueño, el sol aún no asoma y Marta Nelly Bedoya ya está lista para comenzar su día laboral. Se despide de su esposo, sus dos hijas y su nieto, antes de emprender el viaje hacia su lugar de trabajo: Guamito S. A. S., una empresa dedicada a la producción y comercialización de flores frescas en el municipio de La Ceja.

Marta vive en el corregimiento San José de La Ceja y se desempeña como hidratadora de hortensias y otras flores desde hace cuatro años. Con la calidez de sus manos cuida las flores desde que son verdes hasta que maduran y llenan los viveros de tonos rosas, azulados, blancos y amarillos.

Para poder continuar con sus labores, Marta, y sus más de trescientos compañeros de trabajo, interiorizaron cambios en sus hábitos, como desplazarse en bicicleta ante la ausencia de medios de transporte durante los primeros meses de la COVID-19, experimentar con el teletrabajo y sumar a sus herramientas de trabajo los tapabocas, además del cumplimiento de estrictos protocolos de bioseguridad.

Durante quince años, Guamito S. A. S. se consolidó en el mercado de la producción y exportación de hortensias. En los últimos tres años había logrado un crecimiento importante, que se vio afectado por la crisis actual: «veníamos ampliando la capacidad instalada, dando oportunidad de trabajo a más de cuatrocientas personas, pero durante las primeras dos semanas de la COVID-19, afrontamos un retroceso económico de cinco años», afirma Karin Melissa Álvarez, directora administrativa y de gestión humana de un grupo empresarial al que pertenece Guamito S. A. S.

La solidaridad es determinante en la lucha por seguir floreciendo y aportando al desarrollo socioeconómico del oriente de Antioquia. Mercados colectivos, alianzas estratégicas, atención psicológica a los empleados, además de brindar internet sin costo a varias fincas para que las personas puedan conectarse y hacer las tareas con sus hijos, han sido estrategias de acompañamiento que ha implementado la empresa para su beneficio y para el de las comunidades en el territorio.

«Esta crisis se convirtió en una prueba para todos: trabajadores, personal administrativo, colaboradores y aliados; en cada acto hemos podido evidenciar el sentido de pertenencia, el cuidado y el amor que tenemos por la empresa», cuenta Karin. El uso de tapabocas, el diligenciamiento de encuestas, la toma de temperatura, la desinfección de espacios y el lavado frecuente de manos, son acciones que realizan diariamente desde su reactivación. En Guamito S. A. S. hacen todo para seguir operando, entienden que cuidar del otro es cuidar de ellos mismos.

Trabajar...
para estar siempre
vigentes y en evolución



¿Cómo has adaptado tu
trabajo a la nueva normalidad?

El trabajo como pasión

Marcela hizo de su casa una empresa. A su sala le puso luces y velas, la convirtió en su escenario.



Desde niña, el canto es la pasión de «Chelo», como la conocen sus amigos. Durante el colegio estuvo involucrada en coros, fiestas y presentaciones, así perfeccionó su talento. Cuando cumplió 16 años y se graduó experimentó las múltiples preocupaciones de un adolescente, debía tomar una decisión importante: elegir qué quería hacer para ganarse la vida. Inició administración de empresas, pensó que la música no le podría brindar sustento económico.

Ejerció su profesión durante cinco años, se sentía bien, pero recibió algo que ella considera: un llamado del destino recordó que un día se había dicho que no quería pasar por este mundo sin dejar un disco de su autoría. **Actuó en consecuencia y en el 2016 comenzó a producir su propia música, a vivir su sueño.** En aquel entonces ingresó a la banda de Kukaramakara, hoy hace parte del equipo de músicos de Trilogía Bar. La música es su único sustento.

Los bares son uno de los sectores económicos más afectados por el aislamiento preventivo a causa de la COVID-19 ese hecho la obligó a reflexionar, en algún momento durante la cuarentena, **pensó si tendría que dedicarse a otra cosa. Por ahora sigue**

Trabajar...
para hacer magia con
nuestros talentos



¿Cómo sería una
cuarentena sin artistas?

fiel a la música, su trabajo que al tiempo significa para ella terapia, amor y salvación.

Se considera afortunada. Durante el confinamiento recibió llamadas de ELPAUER para hacer parte de festivales, eventos con 3 Cordilleras, Ruta N y Trilogía, con estos últimos creó un modelo de serenatas virtuales: los clientes compran dos canciones y los artistas del bar las interpretan.

No todo el gremio corre con su misma suerte, por eso insiste en que, a los músicos y a los artistas en general hay que cuidarlos porque nos sacan de la rutina y nos llevan a un mundo de magia, «si todo en el mundo fueran ciencias exactas, tangibles, se perdería la magia de lo intangible, de lo que no se ve, pero se siente. Los músicos hacemos magia» dice.

Su casa, que habita con tres gatos, se convirtió en su empresa. A su sala le puso luces y velas, la transformó en su escenario. Sabe que nada igualará el contacto con el público, pero con esfuerzo logra conectarse con sus seguidores. La música tiene poderes.

Para Marcela la pandemia trajo tristezas, también cosas positivas. Aprendió que todo es posible, la fórmula es trabajar con un propósito, ponerle empeño y añadirle creatividad.

Cuidar el trabajo de muchos

En la mente de un directivo rondan decisiones difíciles e importantes. Aquellas que pueden impactar las vidas de su círculo cercano y las de cientos de familias y sus empleos.

Atender las preocupaciones personales y las que implica ser un líder empresarial es un reto que se agudizó con la COVID-19, pero se puede afrontar si se tiene un objetivo claro. En el caso de Juan David Arango, presidente de Incolmotos Yamaha, se trata del cuidado tanto de los 1.200 empleados de su empresa, como el de las familias que dependen de ellos.

«Una situación como esta, sin precedentes, es algo para lo que nadie estaba preparado. Hemos tenido que aprender cosas nuevas todos los días y adaptarnos rápidamente. Uno de los retos más grandes que nos ha traído la pandemia, es el de encontrar el balance que permita proteger la salud de las personas y garantizar la sostenibilidad de la empresa bajo la nueva realidad», dice.

Durante la pandemia, Juan David tuvo que soportar la ausencia de su hijo de 17 años que partió en enero para estudiar en Canadá. La cuarentena lo dejó encerrado en un país a miles de kilómetros de su hogar. Esa sensación lo invitó a ponerse en los zapatos del otro y a dedicar minutos de su tiempo para llamar a distintos empleados en situaciones difíciles, quería saber cómo estaban para poderles aportar un poco de aliento con su voz.

Por la mente de un gerente rondan múltiples preocupaciones: «He estado preocupado por los muertos, por las cifras de contagiados,

por tener a mi familia unida, pero no puedo mirar esta situación solo desde un tema personal. Con la empresa, lo que más me aqueja es que podamos seguir ofreciendo empleo a todos los que nos acompañan hoy. Yo no quisiera tener que sentarme, mirar a los ojos a un empleado y decirle: lo lamento mucho, pero ya no puedo seguir contando con sus servicios. Cada empleado es el sustento de una familia, un hijo que le ayuda a sus papás o es alguien que tiene sus propias necesidades», expresa Juan David.

Volcó toda su energía y la de su equipo en idear estrategias para cuidar el activo más valioso de Incolmotos Yamaha: sus empleados. Quieren mantenerse lejos del que, para muchos, es el camino fácil: recortar nómina. Prefieren apuntarle a la austeridad y al sentido de pertenencia, a evitar gastos innecesarios para conservar la salud financiera. Cada empleado tiene hoy más claro que nunca que, si los productos que fabrican se venden, la consecuencia será poder conservar cada empleo. Por eso se concentran en la adaptación rápida y rigurosa de sus canales de servicio, comercialización y postventa, a las exigencias de la «nueva realidad».

Escribió alguna vez el británico Oliver Goldsmith: «el mayor espectáculo es un hombre esforzado luchando contra la adversidad; pero hay otro aún más grande: ver a otro hombre lanzarse en su ayuda».

Trabajar...
para cuidar
el empleo de
los otros



¿Te has puesto
en los zapatos de
tu empleador?



Cuando las pequeñas decisiones hacen la diferencia

La cuarentena confirmó la importancia de los servicios varios. Sus empleadores entendieron que velar por ellos es cuidar su círculo cercano.

Hace más de cinco años murió Eduardo Galeano en Montevideo, Uruguay. Al periodista y escritor, autor de libros como *Las venas abiertas de América Latina* (1971) y *Memoria del fuego* (1986), se le atribuye haber dicho alguna vez que “la solidaridad es horizontal y se ejerce de igual a igual” esa frase se ajusta a lo que quizás hoy necesitamos en nuestro nuevo contexto.

Para enfrentar la crisis por la pandemia de la COVID-19 **hay decisiones basadas en la empatía que hacen la diferencia. Es el caso de los empleadores que no abandonaron a sus empleados domésticos y que, según sus posibilidades, propiciaron bienestar para aquellas personas con las que se entrelazan sentimientos de afecto y amistad, más allá de su rol como trabajadores.**

Margarita Restrepo permanece en casa con sus gatos. Menos los martes y viernes, cuando Nury llega para trabajar. El día comienza con el desayuno, momento en el que las dos pueden hablar de sus vidas, de lo que pasa en el mundo o de lo que vieron por internet. Conversaciones que se extienden mientras el almuerzo queda listo, los baños impecables, el polvo desaparece y la ropa se seca en la ventana.

Cuando Nury tuvo que quedarse en casa para cuidarse de la COVID-19 no solo cambió su rutina semanal que la llevaba a diferentes casas y oficinas de Medellín, sino sus ingresos. Una situación, angustiante para todos que impidió que muchos de sus empleadores pudieran seguirle pagando. **Contra la corriente Margarita aprendió a realizar giros por internet para que su trabajadora, su confidente de los desayunos, pudiera recibir su pago quincenal y enfrentara así de mejor manera la cuarentena.**

Para Margarita fue difícil: asumir en su totalidad las tareas del hogar mientras también enfrentaba la incertidumbre por la pandemia. **Si bien siempre había entendido la importancia del trabajo de Nury ahora lo evidenciaba con mayor rigor.** La paciencia dio frutos: ambas aprendieron de protocolos de bioseguridad y ahora Nury pudo regresar al trabajo, ese que la significa, le abre caminos de oportunidades y la hace feliz.

Trabajar...
Para demostrarle al otro
que lo valoramos



¿Has notado la
importancia de esos
«pequeños» trabajos?

Querido trabajo

Dos cartas a ese compañero de vida con el que tenemos una relación por cuidar para que perdure en el tiempo.

Por: Pedro Morán, diseñador gráfico en Comfama.

Recuerdo el primer día que comenzamos nuestra relación, con la frialdad de la firma de aquel contrato, donde me comprometía a entregarte mis conocimientos y mi tiempo a cambio de dinero, el mismo que le brindaría nuevas posibilidades a mi vida.

Fue una transacción aparentemente fría, pero importante, decidía a quién le iba a entregar mis horas, minutos y meses: mi vida.

Creo que es hora de hacer un balance acerca de lo nuestro y observar desde otra perspectiva lo que ha pasado, lo que hemos aprendido y lo que debemos corregir si queremos seguir juntos.

Es tiempo de reflexionar acerca de si vale la pena invertir nuestra vida en esto, para que dentro de diez o quince años podamos mirar hacia atrás y decir que nos sentimos orgullosos de lo hecho.

Desde el principio eran claros nuestros compromisos, responsabilidades, derechos y deberes. Reconozco que al comienzo lo asumí como una manera de ganarme la vida, pero ahora pienso que lo importante es hacer de esto una vida, algo que me anime y brille en mi corazón al levantarme cada mañana, para que al caer la noche me enorgullezca de haberlo hecho todo con amor.

De nada vale esta unión si es para estar disgustados y frustrados, no por lo que digan los demás, sino por lo que sentimos. Eso tarde o temprano se volverá en nuestra contra, y perderemos los dulces sabores y los vívidos colores que nos ofrece la vida con cada amanecer.

Por eso, si llega el día en que tenga una sensación amarga solo por el hecho de ir a tu encuentro, será la señal indiscutible de que debemos buscar nuevos horizontes, unos que nos hagan nuevamente plenos.

Te pido que evitemos que interfieran agentes extraños, esos que nos critican y no conocen nada de lo nuestro, pero que en ocasiones creen que somos de su propiedad y pretenden dañarnos con sus presiones y agravios. Somos mucho más grandes, debemos ser inteligentes y aprender de sus comentarios, porque nuestra relación viene de antes y continuará cuando ellos ya no estén.

Hoy te confieso que disfruto nuevos detalles, como el hecho de que con solo presionar un botón, termino mi jornada y ya estoy en casa, sin alimentar al tráfico de la ciudad y con la oportunidad de aprovechar, con mi familia y mi mascota, esos instantes ganados.

Eso mismo me obliga a decirte, hoy que seguimos juntos durante este aislamiento, que no puedo dedicarte más del tiempo del que acordamos en aquella firma inicial. Sabes que no debemos excedernos en esta relación, que debe existir una justa medida. Esa que me permita atender asuntos personales y familiares, dedicarme a otras cosas que amo y que le dan sentido a esta existencia.

Sé que lo entiendes, será la manera de hacernos fuertes, de seguir juntos.

Por: Lucas Yepes Bernal, responsable de servicios organizacionales en Comfama.

Empecé a trabajar desde muy joven. Antes se usaba acompañar a los papás al trabajo y desempeñar algunas actividades menores, que requerían cierto esfuerzo y traían, además de la remuneración, una experiencia con la adultez: vi cómo se trataba a los empleados, eso que hoy llamamos, más sofisticadamente, estilos de liderazgo.

No me sentía cómodo con esas formas dictatoriales de tratar a los trabajadores que tenían los oficios más básicos, por eso dedicaba horas a oír con juicio las historias maravillosas de los mensajeros o de quienes alistaban un carro mientras yo los acompañaba, les hacía preguntas y ellos, al son de un radieco, contestaban alegres. **A lo lejos el «ladrido» del capataz nos devolvía a las labores sin descanso.**

Más tarde conseguí mi primer empleo formal en una famosa hamburguesería, allí ocupé un alto cargo para mi edad: fui cajero, y por lo tanto, era el líder del equipo conformado por las señoras de la plancha que se quejaban del administrador y me contaban todos sus maltratos, el mensajero que ya había renunciado dos veces por la misma razón. **Esas conversaciones me dieron certezas: podemos ser felices y productivos si hay un trato digno entre todos.**

Seguí por la senda empresarial y trabajé en un banco, en una empresa de telefonía, en una generadora de energía, en otra que hacía tubos, en una fábrica de electrodomésticos y hoy, en una caja de compensación. Todas compañías sólidas, cada una empozada en un momento del tiempo, en esa línea donde las corbatas daban estatus, los doctores eran cualquiera con un carné que tuviera un cargo superior al tuyo y que además se lo creían. Nunca viví las jerarquías, pero sé que existían, conocí a grandes personas que hoy son mis amigos, esas empresas me formaron y de esos líderes aprendí lo que me gusta y lo que no de ser «jefe». También viví historias felices y otras no tanto, vi a estas compañías evolucionar, a otras estancarse o desaparecer.

«Diferenciar las vidas», eso de estar partido en dos, no me hacía sentido, yo disfrutaba del tiempo en la oficina, en la casa y en la calle. En el trabajo encontré muchas de mis pasiones, fui poco a poco tejiendo un propósito, algunos de mis líderes descubrieron en mí talentos y habilidades que yo, tal vez, no conocía, se los agradezco con el alma.

Tal vez me perdí algún cumpleaños de mi hija, llegué tarde a una comida, estuve ausente en momentos importantes. Tenía una excusa: estaba trabajando para proveer a mi familia, hablando en términos más primitivos; trabajaba... me preocupé hasta encanecer por conseguir el sustento y me olvidé de jugar. No me di cuenta, pero esa seriedad también me iba consumiendo. **Las organizaciones te pueden teñir de gris si te lo tomas muy a pecho, te alejas de tu gente y por ende, de lo que te da la fuerza.**

Hoy vivo un despertar. Mi trabajo es una plataforma de transformación donde puedo tocar la vida de mi círculo cercano, también, a veces, la de todas las personas en las que puedo incidir para que su vida sea mejor.

Descubrí que amar la vida a través del trabajo es intimar con su más profundo secreto. Todos tenemos el poder para cambiar una organización desde nuestro «banquito» si somos conscientes de que el trabajo, como diría el poeta libanés Khalil Gibran, es amor hecho visible.



¿Qué significa el trabajo para ti?



Seguridad, la clave para reactivarse

En Celebrity Barber Shop saben que la reactivación durante la pandemia implica cambios radicales en su sistema de trabajo.

Los adoptan para cuidar de sus empleados y clientes.

Juan Esteban Espinosa tiene 24 años, ocho de ellos dedicados a la barbería, una profesión que ama. Amigos, viajes y hasta ser consejero de algunos de sus clientes, son las razones.

Trabaja en Celebrity Barber Shop, una barbería que tiene siete sedes en diferentes sitios del país, cinco en Medellín y su Área Metropolitana, una en Llanogrande y otra en Bogotá.

La COVID-19 hizo que muchas empresas pusieran los pies en la tierra, les recordó su vulnerabilidad, también las retó a demostrar que un verdadero emprendedor sabe adaptarse y encontrar nuevas formas de hacer las cosas, dice Juan Esteban.

Asegura que la planeación es muy importante en esta situación. En su caso, siente que están preparados, crearon protocolos, compraron uniformes, elementos de protección personal y de aseo, para ofrecer una experiencia segura a cada uno de sus clientes y empleados.

Reabrieron en junio con un protocolo meticoloso. Los barberos deben usar, más allá de su indumentaria, un par de guantes por cliente, tapabocas y una mascarilla de vidrio templado. Siempre deben esterilizar su lugar de trabajo antes y después de cada servicio.

A los clientes les toman la temperatura al ingresar a la barbería, desinfectan sus zapatos, les piden que se laven las manos con antibacterial y toman sus datos. Juan Esteban dice que los ha notado receptivos ante las medidas, sienten que los cuidan.

Esa confianza permite que tengan un flujo de trabajo cercano al 50 %, si se compara con las visitas de los clientes antes de la pandemia. Son optimistas y esperan que esa cifra crezca con el paso de los días. No es el más fuerte quien sobrevive, es el que sabe adaptarse.

Trabajar...
para tener la
oportunidad de
adaptarse

En medio de su reactivación, Celebrity Barber Shop comenzó a ofrecer un servicio de domicilio con todos los protocolos de seguridad.

¿Has notado los esfuerzos que tus establecimientos favoritos están realizando para ofrecerte sus servicios? ¿Les ayudas a cumplir con las normas?



La fortuna de trabajar por un propósito superior

En Masterdent, el 25 % de los empleados tiene alguna enfermedad relacionada con sus oídos, pero el 100 % de las personas que componen la empresa se comunican por lenguaje de señas.



Masterdent es una empresa dedicada a la producción de dientes artificiales y de acrílico, durante la crisis desatada por la COVID-19.

La decisión: encontrar las oportunidades en medio de lo desfavorable que pueda parecer una situación.

Juan Fernando Salazar Ramírez es el gerente de esta empresa que nació como un emprendimiento familiar y que, con 25 años de historia, hace un ejercicio de conciencia con el objetivo de que el lugar de trabajo también sea, para sus empleados, una escuela para el aprendizaje permanente.

Las premisas fundamentales en Masterdent son: paciencia, sacrificio, ahorro y bondad. A ellas se suma un componente adicional clave: la inclusión. Hace siete años decidieron trabajar con personas con discapacidad auditiva. Hoy, el 25 % de sus empleados tiene alguna enfermedad relacionada con

sus oídos, pero el 100 % de las personas que componen la empresa se comunican por lenguaje de señas.

En Masterdent, la inclusión es más que un propósito escrito en el papel, por eso fundó una escuela de lenguaje de señas, con docente de planta: «acá somos los oyentes quienes nos incluimos, no al revés», dice Juan Fernando.

Ese trabajo orientado hacia un propósito común tiene como consecuencia que hoy, en medio de un momento difícil, cada uno de los cincuenta empleados de la empresa se sientan acompañados y apoyados. No importa si hoy están en una pausa que afecta su productividad e ingresos, la aprovechan para oír esa sabiduría que reside en el interior de cada uno, fortalecerse y mirar hacia adelante.

Masterdent también influye en temas vitales para sus empleados como: «Masterdent de corazón», programa a través del cual se solidarizan con empleados y sus familiares; y «Masterdent mejora tu casa», para mejorar las condiciones de vida de sus colaboradores.

Trabajar...
para mejorar un
fragmento del mundo



¿Trabajas por un
propósito de vida?



« [...] Y yo digo que la vida sí es tinieblas salvo cuando hay impulso,
Y que todo impulso es ciego salvo cuando hay conocimiento,
Y que todo conocimiento es vano salvo cuando hay trabajo,
Y que todo trabajo es vacío salvo cuando hay amor [...].».

Fragmento del libro El Profeta de Khalil Gibran.

